FABULANDIA

Ángel Martín

MI ABUELA TOMA VIAGRA

Mi abuela toma viagra. Se siente acalorada, todas las mañanas sale a correr.

Comenzó por accidente. Las confundió en el botiquín. Estuvo unos meses viviendo con ese viejo. Y cuando se separaron, lo hicieron de manera bastante desordenada.

Mi abuela le dio tres puntazos en las costillas, casi le perforó el pulmón. Primeramente, el añejo sorete le había roto el pómulo derecho a golpes.

Un asunto grave, desordenado. Cayó la policía. Pero eso ya fue.

Ahora mi abuela toma viagra. Saca a pasear a mi primito en bicicleta todas las tardes.

Casi no duerme.

Se consiguió un laburo de noche. Chofer de remis.

Otro viejo inescrupuloso es el dueño del Duna.

Hecho mierda. Tiembla como gelatina, al ritmo de pastillas de freno gastadas, meciéndose sobre un eje desvencijado.

Mi abuela me pregunta: -¿A dónde vamos, m'ijo?

Me mira a través del retrovisor. Me lleva a casa borracho después del boliche. Rápido, más rápido.

Le creció vello en el rostro. Canoso en su mentón. Parece no importarle. Toma viagra.

CAPTURA EJEMPLAR (DE UN SUEÑO)

Atamos todos nuestros pensamientos con alambres de púas y les pegamos un tiro en la nuca a cada uno de ellos. Prendimos fuego los cadáveres, los cubrimos de cal, y por veinte años nos encerramos en un sótano a mirar a una actriz mexicana de dudoso talento intentando parecer ciega.

Se nos cayeron los ojos y de nuestras cuencas vacías crecieron dos penes cual enredadera de primavera. Se desprendieron también nuestras narices y transmutaron en vaginas, al igual que nuestros labios que ya no utilizábamos porque no cruzábamos palabra desde hacía más de una semana.

Comenzamos a juguetear con nuestros nuevos ojos y meternos los dedos en la boca o en la nariz nos produjo placer. Nuestros padres nunca nos habían permitido meternos los dedos en la nariz y nos atizaban a cintazos si llegaban a vernos con un dedo en la boca. Pero ya no estaban.

Las secreciones continuas acabaron por llenar el sótano y nadamos a ciegas hasta la salida, atravesando el océano de nuestro propio semen y jugos vaginales. La luz del sol secó nuestra humedad aunque quedamos cubiertos por una espesa capa de secreciones. Una

muchedumbre armada de tijeras y antorchas nos persiguió al vernos. Conseguimos refugio en un castillo de Frankenstein. Afuera, la uniforme masa de carne multiplicó sus ojos y levantó un campamento.

Huimos por una red de túneles subterráneos guiados por una luciérnaga sin abdomen que hablaba un idioma desconocido. El pasaje acababa en una puerta de madera impregnada de moho y orines. La atravesamos y aparecimos en un jardín de infantes donde los nenos se horrorizaron ante nuestra monstruosa presencia. La maestra que los acompañaba no se inmutó y abrió sus piernas, donde sumergimos nuestros globos oculares. Ensordecidos por sus gemidos, nuestros tímpanos reventaron y la sangre inundó nuestras orejas. Gritamos pero no nos escuchamos. Tampoco escuchamos la puerta cuando se abrió de golpe y entraron nuestros perseguidores.

Nos sermonearon con flatulencias verbales pero afortunadamente ya estábamos sordos. Ataron nuestras manos con alambre de púas y chuparon y sodomizaron todos los genitales de nuestras cabezas. Cuando acabaron, el mareo nos produjo náuseas y vomitamos litros de eyaculaciones precoces por nuestra vagina bucal.

Lágrimas brotaron de nuestros falos oculares.

Como toda víctima de violación, quisimos vengarnos, pero la cefalea por la cogida traumática que nos habían pegado no nos

permitía controlar nuestro cuerpo. Deseábamos estar muertos. Cumplieron nuestro deseo, nos pusieron de rodillas y nos dispararon en la nuca a cada uno de nosotros.

En el cielo nos encontramos con nuestros pensamientos, pero antes de que nos viesen y tuviésemos que asesinarlos nuevamente, nos exiliamos a un sótano en el infierno. Allí observamos eternamente a una actriz mexicana de dudoso talento intentando parecer inválida.

Jamás fuimos felices.

EL IPSUMTAURO PIDE UN REMIS

El ipsumtauro, pariente muy lejano del famoso minotauro (cuyo nombre provenía del Rey Minos, su propietario) vivía en una zona lindera al campo, en uno de los extremos del pueblo. El ipsumtauro había renegado de sus progenitores conocidos también como minotauros, pero como él ya no le debía nada al Rey Minos decidió cambiar su nombre y en vez de hablar de Minos al principio decidió hablar de sí mismo como un ente autónomo, de ahí que él decidió llamarse ipsumtauro, como cualquiera sabe ipsum en latín significa sí mismo.

Pero el ipsumtauro tenía nombre: Ernesto.

Ernesto, como dije unas líneas atrás, tenía su hogar en las afueras del pueblo. Allí a su alrededor era todo campo y se sentía libre y cómodo en su soledad.

Sin embargo, a la hora de hacer las compras debía viajar hasta el pueblo ubicado a unos tres kilómetros. Muy rara vez hacía este recorrido a pie, solo cuando el buen tiempo conspiraba con su buen humor para brindarle un paseo agradable a sus pies. Es que, como ipsumtauro, es una criatura a la que le cuesta movilizarse por sí mismo. Si corre se agita demasiado, y

para caminar camina con el paso de sus parientes más cercanos, las reses.

Este andar, en el campo, es bueno. Uno por lo general se dedica al cultivo de frutas y verduras y todo el esfuerzo que debe hacerse es físico. La vida del campo es pesada, si señor, y la fuerza de Ernesto, la fuerza de un ipsumtauro, era bienvenida en este lugar.

Además de dedicarse al cultivo poseía unas vacas, a las cuáles él mismo ordeñaba y, hasta en algunos casos, servía, pero no para procrear su especie sino para obtener más ganado. A los terneros los criaba con ternura, a veces les leía cuentos sobre las tierras lejanas de las que su raza provenía aunque nunca contaba la famosa historia de Perseo y Ariadna. Esa historia lo ponía melancólico. Una vez los terneros crecían él tomaba la decisión de capar a los toritos o en algún caso sacrificarlos para comerse un asadito bajo algún árbol. No hay ser que se resista a un rico asado, aunque alguna mente conservadora podría compararlo en algunos casos con Cronos. Cronos, como se sabe, devoraba a sus hijos. Pero el ipsumtauro no devoraba a sus bastardos por miedo a que ellos tomen el poder, sino por mero placer, porque la carne de torito, a su gusto, es sabrosa.

Pero bueno, como decía, aquel día Ernesto tenía que viajar al pueblo. Tenía una bicicleta reforzada, pero como la noche anterior había llovido le parecía mejor idea tomar un remis para no arruinar las pobres llantas de su vehículo.

Tomó su celular y marcó el número:

— Remises Playa, buenos días.

Dijo una voz cansada de atender llamados. Pero de esto Ernesto no se dio cuenta.

— Si. — Dijo Ernesto. Como notarán, queridos lectores, al ipsumtauro le faltaban buenos modales, ya que omitió el consabido "buen día" que uno debe responder cuando le dicen tal cosa. Pero bueno, fue más un error mío por no escribirlo que suyo, porque, en fin, soy yo el que pone las palabras y los malos modales en su persona. Disculpas. — Necesitaría un coche en Cabo Pereyra y el Camino Viejo.

— Si señor, pero tengo una pequeña demora de diez minutitos. — Le advirtió la voz.

Como Ernesto no tenía mucho apuro le dijo que sí, que lo esperaba.

— Gracias, señor — Le respondió la voz, y agregó: — ¿Podría decirme su apellido?

— González. — Dijo el ipsumtauro.

— Muy bien, señor. Gracias. En diez minutos o antes el coche estará en la puerta de su casa.

Ernesto cortó sin agregar más nada.

Unos veinticinco minutos después, cuando Ernesto estaba por llamar nuevamente a la remisería, vio aparecer el coche con su bonetito naranja que decía "Remises Playa".

Se subió, con sus doscientos kilos, al auto. El remisero sufrió un poco por éste peso, pero no mucho ya que él solamente era un chofer y los daños del vehículo los debía pagar el dueño.

Eso sí, tuvo que soportar el olor a bosta del pobre Ernesto.

— Buen día. — Dijo el remisero, bajando la ventanilla. Desgraciadamente afuera el olor a bosta continuaba, porque, como es sabido, es el olor a campo.

— Buenos. — Dijo Ernesto. Y agregó: — Aunque con este tiempo…

— Sí, una porquería. — Dijo el remisero. — ¿A dónde lo llevo don?

— Al Nocturno.

El Nocturno era el supermercado, según fama, más económico del pueblo. Ernesto hacía sus compras allí una vez cada quince días y las llevaba a su rancho.

Hicieron el viaje sin mucha más charla, intercambiando breves frases de índole climatológica. Una vez llegaron Ernesto pagó el viaje y descendió del vehículo, ya llamaría otro más tarde.

Al llegar a la entrada vio a un grupo de jóvenes vampiros bebiendo su elixir postmodernista. Vampiros del hoy, sin duda alguna. No les prestó mucha atención, Ernesto apenas se había alejado de su ambiente cuando ya comenzaba a sentir añoranza por él.

LOBO PASTOR

Lobo Pastor, hace un tiempo, no era más que un lobo. Se dedicaba a cazar corderos y a despedazarlos con sus mandíbulas sedientas de sangre. Un día, lo atrapó la bala de un cazador en una de sus patas traseras. Logró huir y una familia dedicada al cuidado de animales salvajes lo curó y lo domesticó. Le enseñaron sobre el Redentor y sobre la Promesa de una Mejor Vida. El lobo, en señal de agradecimiento, adoptó sus conocimientos. Cuando se repuso y hubo de partir no olvidó sus enseñanzas.

Hoy los corderos pastan frente a sus ojos vigilantes. Son sus corderos y si tiene hambre los lleva al mercado y los intercambia por unas monedas de oro para comprar carne sazonada de cordero o vaca que luego asará al anochecer.

Últimamente la zona se ha infestado de lobos, lobos como él, pero él ya no recuerda sus años de salvaje, reniega de ellos y prefiere ser llamado entre los hombres por su nombre, Lobo Pastor. Y cuando uno de los lobos roba uno de sus corderos, toda la manada ríe de ese grotesco ser peludo que tanto se parece a ellos pero que habla el idioma de los cazadores y que encima de injuriar en vano cojea como un anciano.

LA PICAZÓN ANTE LOS MOMENTOS FELICES

Había una vez un rancho en el medio del campo que se caía a pedazos. Al parecer no tenía dueños por lo que era muy frecuentado por toda clase de animales salvajes en época de apareamiento. Los animales estaban contentos por tener un lugar seco donde continuar su especie.

Una vez al mes hacía una vaquita y contrataban a Hernán Cattaneo para armar una joda de aquellas. Aquellas que se daban mensualmente. Se daban con todo, con agua estancada y miel silvestre. Los dejaba re locos la miel.

Todo iba bastante bien hasta que Tito, la comadreja megalómana, se envició. Gastó hasta su último dólar de monte para mantener su estilo de vida. Pero al final no le dio el cuero. Hasta hipotecó su madriguera, pero como andaba tan colgado con la miel se olvidó de pagarle al banco.

Así que le Santander-Río le hizo la madriguera, con todas las de la ley. Tito terminó en la calle. Como era demasiado inquieto para mendigar empezó a afanar kioscos y gallineros.

No necesitaba ir de caño, su presencia de adicto daba miedo a gallos, gallinas y kiosqueros por igual.

Pero cada moneda que ganaba iba para la miel.

Así que nunca progresó financieramente y su carrera delictiva terminó unos meses después.

Un granjero lo descubrió mientras husmeaba en su gallinero. Sin detenerse a pensar el granjero disparó su Mágnum .44 contra Tito. La bala apenas lo rozó, pero por las dudas, Tito se hizo el muerto.

El granjero lo capturó y lo entregó a la jefatura de zoonosis, cobró una enorme suma de billetes de lotería y abandonó su vida de campo.

Alquila un sucucho por la 25 de Mayo donde todas las noches se juntan los viejos a jugar al bingo y a la canasta.

Por otro lado, a Tito lo condenaron a perpetua en el zoológico de Ezeiza. No se sorprendió al reencontrarse con viejos conocidos como el Negro Ciempiés o el guazuncho Matías. Se habían dedicado con éxito al tráfico de agua estancada y miel. Pero un día el rancho, cansado de albergar a estos criminales, se llenó de micrófonos y les mandó a la DEA.

Tito se alegró por primera vez en mucho tiempo. Había perdido la libertad, pero había reencontrado a sus viejos y queridos amigos salvajes.

¿Cómo se todo eso?

Yo soy aquel rancho que los entretuvo y los entregó.

INQUIETUDES DE UN HERMANO MAYOR

Eliana, a punto para los quince, toda una niña mimada. A su lado, siempre a su lado, el Elefantito. Es un animal raro.

Creo que escuché decir que surge cierta empatía entre aquellos que pasan mucho tiempo con ellos.

El Elefantito se lo habían regalado a Eliana a los cinco años. Ya era algo grande, no en su tamaño, puesto que El Elefantito promedio apenas alcanza los dos kilos; pero sí se notaba en su comportamiento que ya había tenido relación con otros seres humanos.

Eran costumbre obsequios de esta clase a esa edad, sobre todo en las niñas. No es que lo pidiesen, sino que ya era parte de nuestra cultura. Los medios de comunicación se encargaban del resto perpetuando lo inevitable.

El Elefantito, por su parte, era muy educado.

A la hora del almuerzo trompeteaba en el patio. Pero era un trompetazo suave, casi como de jazz. Enseguida Eliana se hacía presente en la cocina. Ayudaba a Mamá a preparar la mesa. A veces El Elefantito la seguía, a hurtadillas, para que no lo viese Mamá, pero sabiendo

perfectamente que ella lo veía y guardaba silencio.

El Elefantito era muy educado.

Lo vi año tras año cuidando a Eliana. El Elefantito, inclusive, solía acompañarla a la escuela. La dejaba en la entrada y luego se ovillaba bajo algún árbol. Su grisácea piel áspera lo asemejaba a una piedra aburrida. Así no llamaba la atención.

Alguna vez lo vi desde la ventana de mi aula, en esa posición. Algún perro a lo mejor se le acercaba. Pero El Elefantito, inmóvil, hacía caso omiso de los olfateos y los gruñidos. Finalmente, los cánidos desistían, aburridos.

Muy inteligente, El Elefantito.

A mí siempre me rehuyó. Solía verme e irse hacia otro lado, lanzando trompetazos fortísimos. Lo curé de una patada justo debajo de su trompa. ¿Alguna vez escucharon gritar de dolor a un Elefantito?

Mamá me vio desde la ventana, pero no dijo una palabra.

El Elefantito corrió hacia la cocina, pero ella lo devolvió al patio sin consolarlo. De eso ya se encargaría Eliana cuando volviese.

Desde el otro extremo, El Elefantito me miraba. Decidí que ya estaba bien de momento, había enseñando algo nuevo a esa criatura.

No le dejé marca por cierto, pero desde aquel día, cada vez que me cruza se aleja en silencio, dando saltitos apresurados. A veces me mira, con sus ojos tristes, desconcertados, casi humanos.

Yo le devuelvo la mirada más fría que poseo, para que entienda bien. Lo odio profundamente.

CIERTO TIPO DE AMISTADES

Una casa zen no tiene ni agua fría ni caliente, sólo agua. De la pared brota una mariposa violeta, se encuentra con su amiga de casi toda la vida, la babosa de los bosques rastafaris.

Quieren apresar el contorno de la luna.

Es la serie de cosas que hay que ver para conseguir un cuarto cartón…

Ratas enmohecidas y cadavéricas como un monumento pasajero a las inmolaciones humanas.

Ahora un mundo vacío tiene más encantos para nosotros que una vida libre de riesgos.

EL HÉROE

Raymundo era un excelente actor de doblaje. Pero no sólo eso, también era un grillo. Todo el mundo sabe lo difícil que es para un grillo conseguir laburo en un país como este, apenas lo llamaban de algunos documentales para Encuentro. Pero en cuanto juntaron para el sintetizador ya no lo llamaron. Consiguió una changa poniéndose a cuidar las flores de la tumba de Nalé Roxlo. Le pagaba una vieja que admiraba al poeta pero que no compartía ningún vínculo cercano. Alguna noche en la semana Ray termina en la casa de la vieja, emborrachándose, recitando a los tropiezos algún poema de Roxlo y haciéndole el favor. De cualquier forma, todos los sábados tiene ochenta pesos para salir pero no se lo veía contento.

Todo fue bien, pero un día se compró una soga y se fue atrás del cementerio. Cruzó la soga por un árbol, y para sorpresa de todos, se colgó.

Marky Colillas de Cigarrillos estaba degustando los roñosos ñoquis de su suegra cuando vio de lejos toda la secuencia que hacía

Ray. En cuanto el grillo quedó colgado, Marky saltó de la mesa con un cuchillo y corrió a rescatarlo.

Ni bien llegó, razonó: “se colgó hace treinta segundos, yo tardaré quince en soltarlo y le quedan unos segundos para recuperar el aire. Eso si no me falla este Tramontina viejo, ni dientes tiene ya. Pero algo de filo le queda. Vamo’ a ver”.

Y antes de lo que canta un cáncer Ray quedó liberado. Con los ojos desencajados y atragantándose en aire trataba de gritar.

Marky se convirtió en héroe repentino. Salió en todos los diarios. Lo invitaron a la radio. Hasta hizo una publicidad para Tramontina y con la plata se compró unos Yinsu en el supermercado de los coreanos.

También aprovechó su gloria repentina para armar una colección de ceniceros. Así tenía siempre donde descansar.

ME CAGO EN MIS SUEÑOS, ¿POR QUÉ VOS NO?

Duarna cantaba en el escenario. Completamente desnuda, una intensa luz rojiza hería su mirada. El público del cabaret era el habitual.

Mientras cantaba.

Fui tan ingenua como para creer
que vos también tenías un alma

Ahora ya nadie probará la pizza, pensó Liebnitz. Era la canción favorita del público. La vieja Welteschuung ya se encontraba discretamente lloriqueando sobre su porción helada.

Me cago en mis sueños, ¿por qué vos no?
Poné todas tus heces en una taza
Permitime ver los hechos
Jamás seré reina
Así que me cago en mis sueños
¿Por qué no?

Hasta el hosco Casio sollozaba sutilmente, su calma apenas perturbada por el brillo de una lágrima cayendo hasta sus bigotes de morsa.

Los hermanos Pietro, siempre tan borrachos que parecían sobrios, intentaban asfixiarse con las aceitunas que, al igual que a todos los presentes, nadie quería.

La canción llegaba a su clímax.

Acabame en la cara,
¿por qué no?
Las razones para vivir
distan de ser elegantes
Así que me cago en mis sueños
¿Por qué no?

En este punto, todos los neonazis que habituaban el cabaret estaban llorando de buena gana. Ni los viejos, ni los hermanos, ni siquiera Duarna, notaron que el Loco Pablo ya se había deslizado nuevamente a la cocina, listo para efectuar nuevos experimentos en la masa.

LOS MARCIANOS PIDEN LA CARTA

Caminaban en filas de dos, con sus trajes brillantes y modernos. El grupo lo componían cuatro marcianos. Dos eran de un metro cincuenta y los otros rondaban el metro setenta y cinco.

Tenían su nave motorizada en la cual viajar pero habían decidido explorar el medio ambiente con una caminata sencilla y libre de maquinarias.

Habían viajado unos trescientos setenta kilómetros desde su sistema para llegar a este pueblo, debían estudiar sus costumbres y disfrutar el ambiente. Muchos marcianos como ellos hacían este proceso tan conocido por todos como vacaciones. Y muchos de sus congéneres se enamoraban del pueblo y se mudaban a las cercanías, intentaban unirse con las tradiciones aunque muy pocos lo conseguían verdaderamente. Pero no por eso dejaban de ser marcianos, algunos hasta cambiaban su acento pero si les preguntaban de donde venían, éstos respondían:

— Soy de Marte.

Y los nativos responderían con naturalidad a esta respuesta poniéndole como sobrenombre el título de Marciano. Dirían cosas como:

— Ahí viene el Marciano.

— Yo no sé nada de ese tema, por ahí el Marciano te puede ayudar.

— Anoche estuve con el Marciano y me contó que…

Y cosas por el estilo. Pero estos eran pequeños detalles que pasaban por la mente del marciano mayor del grupo sin demasiadas preocupaciones.

Al final el grupo llegó hasta un pequeño restaurante llamado "Ternera – Ternera" y tomaron una mesa. Miraron la carta y se les acercó un espectro. Era el mozo. Le dijeron que les recomendase algo, y el espectro lo hizo.

Los marcianos hicieron finalmente su pedido y pidieron una bebida con gas. Sentados, esperando la comida, el marciano mayor comenzó a hablar con los de menor tamaño diciendo:

— Cuando era pequeño mis padres siempre me traían de vacaciones a pueblos como éste. Y es que sus abuelos vinieron de lugares así, ellos no siempre vivieron en Marte…

CRÓNICA DEL REY SAPO

El rey Sapo dominó mi jardín por un período aproximado de ciento veinte minutos. Pero no estoy tan seguro, porque cuando uno mira un reinado tan asqueroso como el del rey Sapo, el más mínimo lapso se vuelve eterno.

El período del Rey Sapo fue una cruel dictadura que azotó las colonias de insectos que devoraban el jardín. Su Excelencia tenía apenas unos cuarenta centímetros cuadrados pero su lengua llegaba lejos.

No voy a negar que la idea de regicidio se me pasó por la cabeza, pero tan terrible monarca me llenaba de pavor y decidí continuar observando como el cruel anfibio se llenaba de moscas, mosquitos, mantis y toda clase de insectos que devoraban pero a la vez daban vida a nuestro jardín.

Luego de asolar una región, se alejaba dando pequeños saltos con su cuerpo frío y lleno de protuberancias.

Entonces tomaba otra zona, delimitaba su territorio y dejaba que su impune lengua imponga su propio orden.

A pesar de mi asco natural a su especie, le busqué conversación. Quería evitar que continúe aquella matanza.

No me respondió, se limitó a guardar un silencio natural y me observaba con su ojo izquierdo o derecho, según mi postura.

Sin duda era todo un monarca, un monarca absoluto. Se consideraba indigno de responderme.

Afortunadamente su reinado no tardó en caer.

Luego de asolar unas cuantas regiones más, se dirigió hacia el lugar que le depararía su muerte. Un hormiguero carmesí inmenso, incluso para él. Por un momento reinó el caos en la monarquía de estos últimos insectos. Pero como todos sabemos, las hormigas son seres de orden y saben muy bien tomar la decisión más correcta en el momento más indicado. Con su natural velocidad treparon por el cuerpo del anfibio y primeramente lo picaron, luego lo despellejaron y finalmente lo cercenaron estando aún vivo.

Pude oír un último grito proferido por el Rey Sapo antes de desvanecerse bajo la maraña de hormigas carmesí, pero por piedad más que por orgullo hice oídos sordos y una vez más permití que la naturaleza siguiese con su curso. También detesto a las hormigas, pero creo que

aquella noche ellas tuvieron un gran festín junto a su reina.

Me alegra esto último, así como también la esperanza de que un día mi jardín vuelva a poblarse de vida.

PIJAMAS DE CUERO EN LA PISTA CENTRAL

Hace no mucho tiempo había una yegua petisa que se llamaba Sofía. Estaba en pareja con Oscar, el perezoso evangelista. Alquilaban un establo atrás del cementerio gay y comían perdices porque para otra cosa no les alcanzaba.

Un día llegó un circo a la ciudad y levantaron la carpa al lado del estable. Ni a Sofía ni a Oscar les molestó; de hecho Sofía tuvo la gran idea de pedir trabajo en el circo. Estaba cansada de alimentarse con perdices y con las muchas alimañas que crecían en el pelaje de Oscar.

La joven yegua consiguió el trabajo de inmediato. Armó un número de equilibrismo y piruetas antes de la aparición del Mono Toncho. El Mono Toncho era el animal más querido por el circo y su gran desempeño en la pista

ocultaba la oscura depresión que carcomía su alma.

Sin embargo el acto de Sofía sólo despertó algunos bostezos entre el público. Temerosa por regresar a su anoréxica dieta de perdices e insectos intentó romperse una pata y vivir con lo del seguro.

El Mono Toncho, conmovido por la actitud patética de su compañera, logró detenerla haciendo muecas simplonas y dando volteretas. Toncho la consoló con un largo monólogo (valga la redundancia) hasta que ella quedó dormida. El mono la observó dormir mientras imaginaba un número para que Sofía se redimiese ante el público. Un segundo antes del amanecer tuvo una idea.

Sin despertar a su compañera corrió hasta la letrina donde se reunían los dueños del circo. Solicitó un permiso para incluir a Sofía en su acto, y aunque los dueños dudaron un poco finalmente cedieron. Ellos también adoraban al mono.

En la primera función de aquella tarde Toncho invadió el escenario montado sobre Sofía. Ella lo paseó por todo el circo galopando, mientras él hacía su rutina de muecas y saltos encima. Aquel día los aplausos colmaron sus tímpanos. El público estaba feliz.

Aquella noche celebraron con música de Richard Ashcroft y toneladas de sangría. Toncho despertó al atardecer.

Despertó sobresaltado, casi era la hora de su función y nadie lo había despertado. Corrió

hacia el escenario, pero no lo dejaron entrar. Desde bambalinas observó a Sofía galopando por el escenario y encima de ella a su antiguo enemigo, Aldus el Koala. Toncho sintió el puñal de la traición en su pecho e inmediatamente decidió abandonar el circo para siempre.

Se refugió en el mar, donde pasaba el día navegando borracho. Intentaba olvidar el pasado y algunas tardes casi lo lograba.

Mientras tanto en tierra firme, Oscar el perezoso se despertó de una larga siesta. Recorrió el estable pero no encontró señal alguna de Sofía. La carpa del circo tampoco estaba. Entre su pelaje halló una carta de la yegua quien en términos sencillos le explicaba que lo había dejado para conquistar el mundo con su show. Oscar no se molestó y dio un largo y tranquilo bostezo.

Él ya tenía a Jesús en su corazón.

IMÁGENES A SU ANTOJO

Hubo una vez un canario que alquilaba un departamento en el centro. Se llamaba Lisandro y todos los fines de semana iba a visitar a su novia, Alejandra Sanz. Aquel fin de semana tenía boletos para ir a ver un concierto de su hermano, un popular director de marchas nazis. Presentarían *El anillo de los nueve lungos*, hasta el mismo Führer estaría ahí. Lisandro se alegró mucho porque deseaba estrechar la mano de su ídolo, es decir, su cuñado Alejandro.

Sin embargo cuando Lisandro y Alejandra llegaron al teatro no los dejaron entrar. Era política de la empresa no dejar entrar a ninguna clase de ave, en especial canarios. Lisandro armó un escándalo, pero en seguida un par de siameses de la SS lo tranquilizaron. Le dieron un buen golpe en la cabeza.

Lisandro sufrió una contusión. Estuvo varios años en coma y Alejandra se casó con Ricardo Fort. Ella tuvo hijos, fue feliz, hasta que un paro cardíaco la llevó de su mundo, apenas a los 48 años. Había olvidado a Lisandro por completo.

Pero a Lisandro no le importó, porque nunca salió del coma.

En realidad no lo necesitaba. Mientras estaba en la cama del hospital, con el cráneo agrietado, su mente seguía funcionando. También buena parte de su lóbulo frontal. Soñaba constantemente y vagaba entre las imágenes que su propio inconsciente creaba. Aprendió a manejar las imágenes y en poco tiempo pudo interactuar con sus personajes soñados. Recordó a sus vecinos, pasó tiempo con su cuñado y tuvo la boda de sueños con Alejandra.

Estuvieron juntos 24 años hasta que un día a ella le dio un paro cardíaco. Lisandro se entristeció mucho y dejó de soñar. Tan triste estaba que nunca quiso salir del coma, aunque para esa altura un par de enfermeros descuidados acababan de despacharlo a la morgue.

NO DIJO NI PÍO

El pollo le dijo al cazador: — ¿Te puedo chupar?

Y el cazador lo miró en silencio.

— ¿Chupar?— Preguntó el cazador y agregó: —Pero no te pago.

El pollo lo miró a su vez.

—No tenés que pagar nada. Es gratis. Te chupo… y si crece, después vemos.

El cazador lo miró y carcajeó ante el pollo.

—Ni ahí. Yo no les hago nada a los pollos, a las gallinas sí, pero los pollos no me gustan. Aparte sos horrible, sos muy amarillo y tenés los ojos saltones.

Un puto desequilibrado se sube a un remis. El remisero, obligado por el compromiso laboral, es picoteado por el puto hasta que decide quebrarle el cuello. Lo hace y lo mete en una bolsa de arpillera. Entonces descubre que

no vale la pena hacer ese laburo por veinte mangos de mierda.

LO EFÍMERO

Compartimos una mascota por menos de cinco minutos.

Afortunadamente, mientras los acontecimientos se suceden, uno no tiene conciencia de esa línea que simultáneamente nos atraviesa, por lo que nunca sospechamos que el final llegaría tan pronto.

Pero, mientras duró, fuimos felices.

Oscar lo vio primero. ¡Mirá!

Con Mariano frenamos en la esquina y nos acercamos lentamente, dirigiendo la vista a la señal de Oscar.

El suelo. El asfalto. Gris. De noche.

Se arrastraba la criatura, en toda su extensión.

Un ciempiés, dije.

Mariano me corrigió. Mil.

Los tres nos colocamos frente al miriápodo, su extenso cuerpo, que en un clima más tropical podría haber alcanzado los treinta centímetros, se acercaba en nuestra dirección.

Pensé en voz alta, lo mucho que habría avanzado. Conjeturamos, hacia dónde se dirigía. Por el momento, venía hacia nosotros.

Que nos siga, sentenció Oscar. Mirando la calle, que nadie viniese. Muy tarde, muy tarde, ni un alma por allí. Yo no podía apartar la vista del valeroso milpiés. Sin más arma que su exoesqueleto e instinto, a lo largo de este mundo preñado de peligros.

Avanzaba, directo hacia nosotros.

Mariano lo llamaba, como a un perro... Chasqueaba los dedos, le silbaba...

Lo imité. La idea parecía funcionar.

Nuestro diplópodo amigo continuaba acercándose a nuestra dirección. Devoraba el camino velozmente. No podía apartar los ojos ante semejante muestra de voluntad.

Che, suban a la vereda que viene un gil.

La voz a mis espaldas. No pude precisar de quién. La luz alta de un vehículo se asomaba desde el otro extremo de la calle.

Subimos a la vereda, los tres. Desde el cordón llamamos a la nueva mascota. Pareció notar nuestro movimiento. No exagero. Lentamente, el miriápodo comenzó a dar una vuelta, una vez más en nuestra dirección.

Sobre el asfalto nocturno.

Una camioneta blanca dobló justo frente a nosotros. Implacable, impecable, imparable.

Con la boca abierta contuve un grito. La rueda aplastó la mitad del cuerpo del milpiés. Ni las sales de calcio ni la quitina que constituía su exoesqueleto lograron salvarlo del atropello. Nos acercamos al cadáver. La mitad del cuerpo había desaparecido, la otra mitad, guiada por el instinto de supervivencia, se enrollaba en forma de espiral sobre el asfalto.

Lo contemplamos un instante, pregunté si deberíamos sepultarlo. La respuesta, el silencio de la calle.

Cruzamos nuestras miradas y seguimos adelante. Unos metros más, Oscar dijo que hacía mucho había tenido una lombriz, que le había pasado más menos lo mismo, pero la otra mitad de su cuerpo se conservó, sanó y vivió muchos años más. Sacó una foto de su billetera y nos la mostró.

No necesitábamos aquello. Una falsa esperanza. Cualquiera sabe que el sistema nervioso de la lombriz nada tiene que ver con el del milpiés.

A lo mejor, dijo Oscar…

Seguimos en silencio.

Mientras duró, fuimos felices.

EL GORILA HORMIGA SE MIDE ANTE EL ESPEJO

En los comienzos de la batalla final, lluvia de carne a lo largo de las calles, los primeros guerreros fueron los caídos y los cobardes nos refugiamos en cavernas.

Aprendimos a intimar en la oscuridad, nuestra herencia fue olvidada. Participamos del decline de una raza que hacía tiempo había dejado de brillar.

En algún momento de la huída, nosotros también nos transformamos. Nuestras percepciones y nuestros sentidos mutaron.

Ya en la oscuridad, difícil precisar las formas de cada uno. El lenguaje se volvió grito entre las sombras, pero luego el grito se volvió gruñido.

Los sobrevivientes atacan. Atacan para sobrevivir.

Y para esa supervivencia debimos dejar atrás la cobardía. Recuerdo en las sombras percibir un ardor en una de mis extremidades. No la

sentía, pero hace tiempo no la veía. A lo mejor había sido amputada.

Sin tiempo a gritar, debí hacer frente a la tiniebla. Clavé una garra afilada que tenía preparada en aquel momento. La clavé en las sombras una y mil veces, hasta sentir la quietud absoluta.

Y entonces todo volvió a cambiar. Una luz se abrió desde uno de los bordes de las cavernas, se oían gritos furiosos y alguien lanzó una red encima mIo.

No supe defenderme de ellos.

Ahora, mientras espero mi salida a la gran arena, veo que todo fue organizado así desde un principio. que nunca tuve salida. Una creación de la naturaleza deliberadamente alterada para cumplir un rol en los designios ajenos.

Nada puede hacerse.

Pongo mi expresión más diabólica y las puertas delante de mí se abren. Mi enemigo es apenas un prisionero con una espada grande. El trabajo lo mi garra, la tráquea abierta sale y la dejo caer al suelo.

Desde el palco, el emperador me saluda por última vez. Luego inclina un pulgar hacia abajo

UN LUGAR MÁS SEGURO

Calixto. Bachero del hotel Q.

Bachero es como le dicen por acá al lavacopas.

En el hotel pasaba horas, las manos en agua caliente (fría o caliente, tibia imposible, gracias al gerente), sintiendo el desengrasante resbalar entre sus dedos y la esponja.

La cocina, en la habitación contigua, podía apenas verse a través de una pequeña ventana, donde los mozos depositaban los platos sucios recién levantados de la mesa.

La cocinera era una vieja malhumorada, gringa, redonda como una albóndiga… Calixto recordaba haberle preguntado algo alguna vez.

-La gente de la cocina no puede hablar con los bacheros.

No recordaba haberle vuelto a dirigir la palabra otra vez.

Había también, unos cuatro ayudantes de cocina. Igual de apáticos. Tampoco se podía hablar con ellos. Sin embargo, de vez en cuando, los escuchaba.

Riendo entre ellos, u obedeciendo las órdenes de la vieja. A veces también se reían junto a ella.

Los escuchaba, generalmente los fines de semana, destapando alguna bebida alcohólica.

Calixto juntaba las copas sucias que depositaban a través de la ventana. Mejor, pensaba, no tratar con aquellas bestias.

Reconocía bien las copas, ya que se trataba de unas viejas, de punta redondeada y un semicírculo dorado en el medio.

Ornamental.

Una de ellas tenía un golpe en su base, el vidrio se había resquebrajado un poco. Sabía perfectamente que copas en ese estado no podrían ser dispuestas ante la clientela del hotel. Sentía el aroma a algún vino o a alguna bebida blanca mientras los enjuagaba. Primeramente, despertó su asco.

Pero no tardó en acostumbrarse. Le hizo gracia tener que limpiar los deshechos de aquellos puercos.

Veía asomarse las copas, y ya decía, con una sonrisa y en voz alta (sabía que de la cocina no le llevaban el apunte):

-El quinteto de nuevo.

Calixto logró identificarlas una por una. Les asignó un nombre.

Marilina, como una ex suya; Beatriz, en honor a su madre; Clavito, por un amigo de la infancia; Maradona, (...); y, finalmente, Melibea, como la protagonista de una novela que veían en su casa cuando era chico.

Melibea, la que tenía la base golpeada.

Sabía exactamente por qué la recordaba así, y eso le hacía gracia.

A cada una de las cinco copas, mientras las estrujaba con la esponja, les había explicado el por qué de sus nombres. Ninguna demostró demasiado interés, lo escuchaban en silencio.

Calixto las miraba un segundo y luego arrancaba conversaciones más triviales. No quería ofenderlas.

-Viene pesado el clima, ¿irá a llover?...

O...

-Hoy el agua está bastante caliente, menos mal que como son de vidrio no pueden sentirlo...

O...

-Ya van a llorar cuando yo me vaya y ustedes queden todas engrasadas como los puercos.

Cada una de las copas mostraba señales de indiferencia ante este último comentario, salvo Maradona, que se enfurecía y no le hablaba más. O Beatriz, que se echaba a llorar tanto que se le resbala más de lo usual.

Melibea lo comprendía bastante bien, y aunque se entristecía por saber que algún día Calixto ya no estaría, intentaba entenderlo racionalmente.

Pero no ocultaba sus sentimientos hacia quien la lavaba con tanto cariño.

Melibea le decía entonces:

-Yo voy a extrañarte mucho. Ya sé que de nada sirve que te lo diga, pero quiero que lo sepas. Voy a extrañarte mucho.

Entonces Calixto, emocionado, la lavaba mejor que a las otras. La estrujaba suavemente con la esponja una y otra vez, friccionaba la punta de sus dedos sobre el vidrio y la enjuagaba con ambas manos, bajo el agua caliente, sintiendo su perfecta textura, su curvilíneo contorno.

Algunas veces la apretaba un poco y la sentía resbalarse lentamente entre sus manos.

Esto hacía cosquillas a Melibea.

Y Calixto la oía reír.

Y él también sonreía.

Sí, sí… Todo muy bien…

Pero al final vino el día en que Calixto hizo demasiada presión sobre la superficie firme de Melibea. La copa se escapó un poco más de lo debido. Chocó, primero, contra la punta de la bacha[1]. Un trozo de vidrio en forma de V salió disparado de Melibea, se deslizó sobre la mano de Calixto, hiriéndole.

Luego Melibea se desparramó por el piso, sólo su base golpeada sobrevivió.

Calixto no pudo contener un grito, que nadie atendió.

---

[1] La pileta donde se lavan las copas, ignorante.

Luego de un rato, temblando y con el grifo abierto, juntó los restos de Melibea con una palita de plástico y una escoba y los depositó, cuidadosamente, dentro de una caja de cartón.

Encintó la tapa y la dejó escurrirse, con suavidad, dentro de la ventanilla de los desperdicios. No podía hacer más. Su mejor amiga se había ido. A un lugar más seguro, desde luego.

Pero Calixto no podía dejar de sentirse culpable. Muy culpable.

NUESTRA SITUACIÓN ACTUAL

Hay un animal raro en la pared. Casi totémico. De ojos saltones.

Su rostro se desdobla en otros. Esto pasa si se lo mira demasiado.

Y de repente, uno cree que unos cuantos de ellos lo están mirando a uno. Parte de su magia.

Esto sucede mucho más seguido de lo que parece. Estos animales poseen una atracción rayana en lo hipnótico sobre ciertas clases de personas.

Los hipnófilos poseemos un gusto peculiar por vaciar nuestras mentes y permitir que el sometimiento llegue de una conciencia externa, siempre sádica y miserable.

Esta desviación deriva del masoquismo, y, más precisamente, del psicomasoquismo.

Por cierto que el resto de la comunidad ya ha sido alertada sobre nuestra presencia.

Ya se encargaron de lanzar una campaña para erradicar a todos los animales raros de las paredes.

Todas las zonas públicas fueron esterilizadas. Y en vano.

Puede que a lo mejor los animales raros en la pared estén en riesgo de extinguirse, pero varias personas como yo mantenemos pequeñas reservas con la esperanza de que se reproduzcan y nos brinden su belleza.

MADERA MUERTA

Difalco tenía veinticinco años cuando sus padres decidieron echarlo de la casa. Como no tenía dónde ir, se subió a un árbol y masacró una familia de horneros. Demolió la casita de barro con un martillo y sobre los restos edificó un palacio de ramas y papel higiénico. Los restos de excremento sobre el papel eran el cemento perfecto.

Difalco logró desarrollar aptitudes mínimas para ser considerado independiente a la vez que se volvió un ermitaño. En la soledad de su hogar comenzó a fabricar sus propias mitologías y dioses. Estudiaba sus escritos en busca de un mensaje codificado. Se encontraba analizando el Cuaderno de profecías cuando una termita hembra golpeó a la puerta de su castillo. Afuera diluviaba.

Difalco abrió la puerta y vio a su visita quien le sonreía lascivamente y se presentó a sí misma como la embajadora de una colonia que pretendía tomar posesión de su casa. Por la madera, obviamente. Difalco desoyó este discurso, como no tenía visitas nunca decidió invitarla a compartir su cena de caldo de hongos. Él devoraba su alimento en silencio y ella comenzó a hablar. Era como estar oyendo estática en la radio interferida todo el tiempo por una locución femenina.

"Soy embajadora de mi pueblo. Vine a observar tus condiciones de vida para que mis compañeros te brinden perdón o tiren abajo tu casa" Los ojos de Difalco se inyectaron en sangre y vociferó como una bestia en celo. "Pero esta es mi casa. Yo llegué primero." Astutamente Difalco no mencionó sus homicidios y por esto la termita hembra se aceleró un poco, tal vez como diciendo "Este tipo es un santo."

Aprovechando este descubrimiento en su mirada, él recalcó su buena predisposición hacia los extranjeros, después de todo la había invitado a cenar. Ella sonrió y le agradeció la comida, luego se fue acercando lentamente a su anfitrión mientras dejaba caer sus vestiduras de embajadora y su exoesqueleto. Su forma viscosa se depositó en el regazo de Difalco y mientras ella le acariciaba el cabello grasiento y casposo, él comenzó a chupar sus interminables pezones con frenesí. El coito fue placentero, si bien ella sólo tenía un orificio,

Difalco la trató con la violencia adecuada y logró que se dilatase a niveles insospechados. Ella zumbaba continuamente, por lo que el ermitaño no alcanzó a definir si estaba gimiendo o tenía un orgasmo.

Cuando Difalco eyaculó, la termita volvió a vestirse con frialdad. Se acercó a ayudarla, la excusa perfecta para conseguir un beso, pero ella lo rechazó con tres de sus patas. “Es nuestra costumbre pagar para no tener deudas” Dijo la embajadora. “La comida estuvo igual de buena.” Y se retiró.

A la mañana siguiente Difalco despertó en el suelo, rodeado por las ruinas de su palacio. A lo lejos las termitas trabajaban en madera muerta. Corrió hacia el enjambre en busca de explicaciones, indignado porque la imprevista demolición de hogar pudo llegar a causarle la muerte.

Se encontró con la embajadora, le hizo un montón de reproches aunque acabó confesándole lo mucho que había disfrutado su intimidad. Difalco le dijo que, a pesar de todo, realmente estaba enamorado.

Pero ella no dijo nada, siguió concentrada en su tarea junto a sus colegas; fue como si un insecto le estuviese hablando a una mujer muy eficaz.

EL ALMIRANTE CERO VUELVE A LAS CALLES

Massera abrió los ojos. Se alteró. Flotaba en un tubo lleno de líquido amniótico que penetraba por cada uno de sus orificios. Llevaba una mascarilla que lo oxigenaba, por eso cuando gritó no se escuchó nada. Golpeó con violencia el cristal que lo aprisionaba. Golpeó con sus múltiples tentáculos que no tardó en asimilar como propios.

El claustro concluyó. El líquido inundó el suelo de la estéril habitación donde se encontraba. Massera salió del tubo lentamente, intentando no lastimar su cuerpo esponjoso con los trozos de vidrio. Se quitó la mascarilla y posó un tentáculo en su frente. Estaba desorientado. Abandonó la habitación, poco a poco atravesó un pasillo en penumbras, arrastrando su viscosidad y dejando un rastro de baba tras de sí. No se veía a nadie.

Chocó contra unas escaleras. Ascendió.

Encontró una puerta que no dudó en arrancar. La fuerza de sus tentáculos era colosal. Desembocó en una sala de recepción. No sólo notó por el escritorio y la computadora frente a él, sino también por el cuerpo de una secretaria destripada en el suelo.

Massera sintió un rugido desde sus entrañas, y al ver el cadáver actuó por instinto. Se atiborró como un cerdo, llenaba todas sus extremidades con las vísceras de la mujer muerta. Relamía la sangre entre sus labios. Delicioso.

Una vez satisfecho, resolvió explorar el exterior. Ya había dormido bastante tiempo.

Antes de salir, se vio a sí mismo reflejado en uno de los vidrios de la entrada, y notó que su aspecto distaba mucho de ser el de un humano.

Decidió camuflarse.

Para ello utilizó el cuerpo de la secretaria. Lo cortó a la altura de la cintura y lo vació, lo colocó sobre su cabeza a modo de máscara y con sus tentáculos tiró de los bordes de la piel hacia abajo. Fue como ponerse una remera.

Salió a la calle. La multitud se apiñaba por doquier.

El ruido del tránsito molestó los oídos de Massera mientras se deslizaba, pero nadie se fijó demasiado en él.

Lentamente comenzó a recordar todo.

Qué había pasado en el medio, cómo había adquirido aquellas dimensiones…

Respiraba el ritmo de la venganza… y recordaba… la traición de Graciela… el duelo pospuesto… la retirada obligada…

Y la revancha del pueblo… Y la tortura…

Massera miró alrededor, con odio y desprecio hacia aquellas criaturas tan diferentes a él. Siempre había sido así. Él era más fuerte que ellos, pero ellos eran mayoría.

Un ataque desprevenido les enseñaría.

Massera reventó su disfraz desde adentro, con toda la fuerza de su ser, con toda la furia de sus tentáculos.

Golpeó a todos.

Sin mayor esfuerzo fracturaba cuellos y arrojaba los cuerpos los unos contra los otros, incitándolos al combate con un gesto.

La gente se horrorizaba, esparciéndose en cualquier dirección lejos del monstruo.

La mayoría, igualmente, no sobrevivió. Los tentáculos de Massera se extendían mucho y aún así no perdían su fuerza.

La gente caía asfixiada y luego era despedazada sin demasiado esfuerzo.

El rugido de los aviones no se hizo esperar. Dos Pucará lo sobrevolaron a toda velocidad, calculando el rango de ataque.

¡Fuego! sobre Massera.

El Almirante Cero sintió el ardor en todo su cuerpo, pero no se detendría. Su carencia de órganos vitales dificultaba su destrucción. Solamente existía un método para aniquilarlo, y de seguro su enemigo no se atrevería a usarlo.

Massera extendió dos tentáculos al cielo, y derribó los Pucará en medio de la avenida.

Todo era un caos.

Massera sonrió. Tenía la victoria asegurada.

Se arrastró hasta Casa Rosada, Lambruschini en persona salió a recibirlo. Lo esperaba con un lanzallamas.

Massera pensó que a lo mejor no resultaría tan sencillo como esperaba.

Las ráfagas de fuego secaron sus extremidades y no tardó en verse a sí mismo reducido a un polvo negro y de olor nauseabundo.

LA CRISIS NUNCA TARDA EN LLEGAR, ES UN PROCESO QUE SE ACELERA.

El vozarrón del doctor inundó el ambiente.

-¡Por Amor de Dios! ¡Mi lapicera tiene prepucio!

El enfermero de turno, un afeminado taoísta que ya llevaba dos semanas sin leer una novela de Silvina Bullrich y le temblaban las manos, le replicó:

-Por supuesto. Todas las lapiceras vienen con prepucios.

Condescendientemente, sacó una lapicera de uno de sus bolsillos y se la enseñó al médico.

-¿Ve alguna anomalía en todo esto?- Preguntó el enfermero.

El médico, nervioso, jugueteó con el extremo de su lapicera, doblando el prepucio hacia

arriba y hacia abajo. Pensaba lo bien que le haría un tranquilizante.

-Lo que pasa… -Comenzó nuevamente el doctor- ¡Lo que pasa, es que justamente ayer circuncidé mi lapicera!

El médico ocultó su rostro, avergonzado. El enfermero notó, tras el doctor, un viejo bisturí, todavía manchado de tinta.

DENTRO DEL SÁNGUCHE DEL VIEJO

Me envolví en aluminio y me metí en el horno. Me achiqué hasta el tamaño de una pulga y me tomé un remis hasta la cocina. Entré en el sándwich de mortadela de mi viejo con barro en los pies. La superficie gomosa del fiambre parecía firme pero no tardé en caer en un sector de pimienta movediza que me arrastró al interior. Me recibió una comunidad de ácaros que le rendían culto al Mesías. Su Mesías era una tenia larga y gorda. Usaban túnicas y como era de esperarse, me obligaron a ponerme una. No tardé más que unos segundos en hacerme devoto de la Tenicrista y me bautizaron con una espesa montaña de desechos fecales. El Mesías me aceptó en su grupo y me enseñó su

doctrina. El día señalado ingerimos el veneno y abandonamos nuestros cuerpos, justamente en el momento en que mi viejo ingería el sándwich.

Nuestras formas astrales atravesaron el túnel traqueal, algunos quedaron estancados en inmensas redes de mucosa. Me abracé a la tenia con los ojos cerrados, asustado. Vivimos unas semanas en el estómago. El aluminio me protegió del ácido estomacal. Un día una explosión atómica nos despertó y naufragamos entre los líquidos del estómago. La corriente nos arrastró, por fortuna, hasta los intestinos, una zona libre de sorpresas y con alimento a diario. Allí nos establecimos y le ofrecí matrimonio a mi Mesías.

Nos casamos, cogimos apasionadamente y depositó muchos huevos. Yo me encargaba de juntar el alimento y cocinarlo. La tenia tuvo una horrenda visión y me advirtió que deberíamos abandonar nuestras formas nuevamente para entrar en el plano físico.

Fuimos al monte Rectum y una luz comenzó a iluminar nuestra eterna noche. La tenia tomó mi mano y me condujo hacia el brillo cegador. Todo era blanco.

Caímos en una inmensa piscina sin límites, o de límites lejanos, abrazado a mi amada una vez más. Mi viejo pegó un grito y nos observó desde lo alto. Sé que no me reconoció.

Horrorizado por la lombriz solitaria se apresuró a tirar de la cadena. Sí, en cambio, me hubiese visto casado con alguien como mi

Mesías, sin lugar a dudas primero nos hubiese echado una cagada encima.

ALEJO VOLANDO

Mica era muy copada.

Ella fue una tuca que se le cayó a un hippie en la cumbre del Uritorco. Un par de lluvias bastaron para humedecerla y arruinarla casi de por vida.

Casualmente pasaba por ahí Alejo, el cóndor, y usando su ala mágica resucitó a Mica. Le dijo: ¿Vamos al sur? Y ella sin pensarlo dos veces contestó que sí.

Alejo llamó un par de gorriones para que remonten a Mica, pero como no se puso de acuerdo en el precio devoró a los gorriones y también sus salarios en ramitas y lombrices.

Alejo tomó a Mica con su pico y partieron a Mendoza.

Desafortunadamente un fuego de San Antelmo se desató durante el viaje y sólo un chispazo bastó para encender a Mica. Ella sintió dolor, pero no se quejó porque estaba hecha para eso. Fue muy valiente.

Alejo no se enteró de nada, hasta que sintió un calor en su pico y dejó caer a Mica al vacío. Por algún motivo no le importó, y su mirada siguió fija en el horizonte.

Las montañas tenían un color bastante raro en estas alturas, Alejo se miró las alas y le pareció que eran muy pesadas… Muy extrañas… ¿Por qué tenía plumas en lugar de dedos? ¿No sería más fácil rascarse la espalda con sus alas y dedos que con su pico? Las plumas son lo peor, mejor un par de dedos. Alejo tenía siempre dolores de cuello por rascarse la espalda y el torso.

Un par de horas más adelante paró en un Mc Guevara's y pidió unas hamburguesas Fidel. Después se metió en una cabina telefónica y llamó al número que tenía anotado en su frente.

Tras unos murmullos vociferó al teléfono: ¿Cómo que el faso no llegó, zurdo? Y ofendido colgó el teléfono. Le tiró unas monedas a la cajera y se apresuró a salir a la calle.

El cielo estaba nublado, pero la lluvia no lo demoraría. Debería volver a Córdoba, por ahí siempre andaban hippies y, *per se*, siempre había maconia, o al menos una tuca tirada.

Alejo abrió sus alas, y se elevó a los cielos.

EL ESPECTRO ENTREGA LA COMANDA

El espectro estaba más que acostumbrado a la gente de afuera. Hoy le había tocado atender a éste grupo de marcianos y no se diferenciaban de hombres de Plutón o venusinos. La gente de afuera es toda igual, se dijo el espectro.

Así es, todos somos seres más que simples y nuestra única complejidad son nuestros órganos internos y sus maravillas. Seamos minotauros, vampiros, marcianos o espectros, nos proponemos metas ilusorias como aprender chino cuando lo más cercano que podemos hacer es pedir comida china.

Ah! Pero el espectro sufría mucho con este trabajo. Soñaba con conseguir algo de oficina,

un lugar donde contar con un bonito escritorio y una PC con conexión a Internet, sería una labor más sencilla, desde luego y solamente enfrentaría un dilema. Si pertenecer al grupo que en horas de trabajo mira pornografía o a la comunidad mayoritaria que en tiempo laboral busca por Internet un trabajo mejor.

Pero bueno, esta era su realidad, y debía aceptarla. Depositó la orden escrita en la comanda en la ventana por la que se comunicaba con la cocina y se dirigió a la heladera. Allí descansaban las bebidas que habían ordenado los comensales. Se entretuvo un segundo mirando a una gallina que pasaba con su hijo por la vereda, se preguntó qué ocurriría en aquella vida ajena. ¿Sería una buena madre? Pero estas preguntas eran influenciadas por el gen del chusmerío que se le había contagiado por tratar con los bufones de la cocina. Ya se le pasaría cuando volviese a su trabajo.

Tomó una bebida con gas de la heladera y la llevó a la mesa de los marcianos.

— En unos quince minutos les entrego la comida. — Anunció el espectro.

Los marcianos no se inmutaron, el espectro habló y ellos habían escuchado, pero ¿a quién le importan las palabras de un ente incorpóreo indigno de ver? Los marcianos sólo querían la comida, ¡por los nueve clavos oxidados del Gólgota!

SAN ANTONIO: MONSTRUO

Los habitantes de la ciudadela miraron asombrados el dantesco paisaje frente a ellos. Sus miradas aturdidas se clavaban sobre el extenso valle. Cada centímetro de la superficie estaba cubierto con sus peores pesadillas. Kilómetros y kilómetros de ganado brutalmente mutilado y muerto.

¿Qué clase de infame criatura había hecho aquello?

Indagando entre los cadáveres no dieron con muchas pistas. Sin duda lo había realizado una criatura feroz pero también inteligente. El ganado había sido emboscado con precisión,

como si la bestia fuese capaz de razonar como los habitantes.

Como supersticiosos, los pobladores no tardaron en mencionar antiguas leyendas hasta aquel día olvidadas. Por otro lado, los más sofisticados urdieron teorías más o menos intrincadas.

Sin embargo, la mayoría de las versiones tenía un punto en común. Sólo una bestia pudo realizar aquel desastre.

Con tiempo y esfuerzo, los pobladores repusieron sus cabezas de ganado. Las vigilaban con recelo mientras pastaban, alertas ante la posible aparición de la criatura.

Por un tiempo, ninguna tragedia similar asoló la región. Los ganaderos no se confiaron demasiado, pero el resto de sus compañeros, entregados a otras tareas, pronto se mostraron escépticos. La fe en la existencia de un predador fue desapareciendo.

Una noche, un joven desde su puesto de vigilancia en una finca, llegó espantado a la colonia. Sus ojos desencajados revelaban una enajenación profunda. Una visión sombría lo había horrorizado.

Incapaz de pronunciar palabra, lo llevaron al área de descanso, mientras los ganaderos regresaban a averiguar el motivo de aquella reacción.

Al llegar al valle se sorprendieron una vez más.

Una inmensa vaquita de San Antonio caía sobre sus posesiones, destrozando a sus víctimas a mordiscos sin ton ni son.

Los ganaderos apelaron a su sangre fría y, cómo iban armados, no dudaron en descargar sus rifles repetidas veces sobre la criatura.

La bestia murió, sin chance de escape. Los cazadores vieron una vez más la matanza producida por el monstruo y sabían que su colonia estaba acabada. Deberían buscar nuevas tierras. Sólo habían sobrevivido media docena de pulgones, y eso no era suficiente para sustentar al hormiguero completo.

PERROS DE MEDIANOCHE AULLANDO A LA SALVAJE LÁGRIMA

Escapé de la realidad un domingo de septiembre.

Llovía mucho aquel día, lo recuerdo bien. Estaba en una suerte de estado letárgico proporcionado por económicas drogas de diseño hurtadas del paraíso por unos niños ciegos.

Mi ente físico no tenía muy en cuenta su alrededor, por lo tanto, estaba en el medio de la calle de una puta ciudad que no me digno a nombrar. Si el sueño es caos, completo y

perfecto, toda simetría no es más que un atentado a la estética.

Permítanme aclarar algo, en otro momento sufría delirios místicos pero a partir de ahora todo me sale mucho más sencillo. No lo olviden, yo ya no estoy en la realidad.

Aquel día tenía que hacer una pequeña tarea, apenas un encargo, juntar mi ropa sucia del lavadero y volver a casa donde me esperaban mi madre, mi padre, mi hermana y mi perro. Todo en un depto de dos ambientes demasiado caro para las pocas comodidades que teníamos. Yo había decidido hacer un espacio entre mis deberes para disfrutar de mi pasatiempo preferido: drogarme.

Desgraciadamente, nunca llegué por la ropa aquel día. No fue mi culpa, mi ente físico sí logró cruzar las tres calles que llevaban al negocio, pero al llegar, una llamarada de fuego devoraba la esquina y unos hombres intentaban hacerle frente con baldes de agua y orina mientras aguardaban por los bomberos.

El fuego era una diosa rojiza que erizó mi piel en un instante y me brindó el amor que tanto tiempo había anhelado. Veía el carmesí devorar todo el interior del negocio. Indiscriminadamente, las llamas ascendían entre telas y suavizantes, veía derretirse el mostrados blanco de plástico así como los lavarropas.

Cada segundo que veía el fuego mi mente estallaba una y otra vez. El fuego, el fuego, el fuego… de repente, yo ya no estaba allí. Mi ente

físico sí, por lo que no pude evitar ser alcanzado por uno de los fogonazos del incendio. Me dio de lleno en el rostro.

Ahora llevo una marca característica, como gusta decir a los policías, que figura en mi prontuario. Al verme la marca días después pasé mis dedos por mi rostro. La cicatriz era profunda, desagradable, una llaga eterna que me consumiría en la calle, en los rostros. Pero estaba bien, no me molestaba demasiado, era lo que me había tocado, y, después de todo, yo no estaba allí.

Esta fue mi primera experiencia sexual.

¡SANTA GIRA!

Jesús tenía treinta años cuando su madre lo echó de su casa por mitómano y drogón. Vagabundeó mucho, se hizo amigo de las personas más indeseables de la sociedad con el único fin de sustentar sus vicios. Uno de ellos, después de meterse cinco pepas sublinguales y tragarlas con un té de floripondio creyó ver en él a Dios. Jesús, que estaba igual de cualquiera, se la creyó. Pronto sus amigos se

dejaron convencer, quienes por tener la cabeza igual de quemada no le discutieron tal flash.

Un día un colega suyo lo invitó a tomar merca. Para no convidar al resto de sus amigos inventó una mentira piadosa. Les dijo que se iba al desierto. No le dieron mucha bola, pensar en un sol calcinante y kilómetros de arena no es un paraje divertido a menos que vayas a buscar peyote con Morrison. Y como Jesús no era el Rey Lagarto, no les pareció buena idea seguirlo.

Estuvo tres meses en el desierto, o sea, tomando merca. De dónde la sacaba no sé, pero cuando regresó no paraba de contar el viaje alucinante que se había pegado. Había visto ángeles y demonios y aunque le pareció una cagada, como anécdota resultaba entretenida.

Gracias al consumo continuo de esta sustancia polvorienta no paraba de hablar. Sus amigos no lo soportaban, pero en lugar de ignorarlo terminaron por buscarle un sentido a sus trabalenguas. Como parecía tener respuesta para todo no cesaban de formularle preguntas ridículas. Respondía siempre de una manera vaga pero que podría considerarse precisa, mientras elevaba su cabeza al cielo y narigueaba ruidosamente.

Al tercer año de esta interminable gira alguien esparció el comentario de que en Pueblo Purgatorio la merca corría como agua en polvo y a un precio muy económico. Lo que nadie decía es que la gilada estaba cortada con harina, que es más barata que cualquier analgésico.

El rumor llegó a los oídos de Jesús como un dardo puntiagudo que se clavó en sus tímpanos hasta hacerlos sangrar. Con poco más de una docena de sus amigos se puso a hacer dedo hacia la nueva Meca de la merca.

Hizo más amistades entre los indeseables lugareños, aunque algunos lo dejaron de lado por rata. Andaba siempre sin un denario y esperaba tomar de arriba. Como se lo echaron en cara, se ofendió.

Estuvo limpio por un par de días y no cesó de echar maldiciones hacia aquellos purgatorianos que le habían negado la papusa. Se paraba en la plaza y deliraba en contra de ellos, fariseos de grandes vestidos que repetían líneas inmerecidas.

Como Purgatorio es un pueblo chico y a nadie le gusta oír injurias en su contra decidieron deshacerse de él. Uno de ellos, yuta de alma, llamó a la policía para que lo detuviesen por disturbios en la vía pública. Los cerdos del orden actuaron rápido y ciegamente, según su costumbre, y Jesús acabó en un calabozo.

El juez Fortex lo visitó, le dijo que se calme, que lo iban a derivar a un internado. Jesús se puso como loco a despotricar frente a los barrotes. Sus enemigos enviaron un pedido de muerte al juez, quien en un primer momento se negó, pero viendo la insistencia de aquellos y el avanzado estado en descomposición del cerebro de Jesús, cedió.

Con la excusa de que tenía que ir a lavarse el culo, dejó todo en manos de quienes deseaban

verlo muerto. Pero para que la cosa no se vaya como quien dice al carajo, designó un par de chanchos azules para que lo escolten.

La sentencia se llevó a cabo tal como todos esperaban. Incluso Jesús, en el fondo, esperaba que se desarrolle así. Lo crucificaron en el monte Justo José luego de torturarlo apropiadamente. Agonizante, alucinando, creyó sentir algo más que sangre y agüita en sus fosas nasales. Narigueó, pero sólo el líquido escarlata se escurrió hacia su interior. Gritó algo ininteligible que más tarde se prestaría a muchas confusiones y expiró.

El día se nubló de repente, como siempre sucede en estos lugares, pero estaban todos tan dados vueltas por una porquería u otra que se preguntaron si, en realidad, no habían cometido un pecado imperdonable ante los ojos de su dios.